ANDREW MURRAY

HUMILDAD

LA BELLEZA DE LA SANTIDAD



SEGUNDA EDICION

DRA. BEATRIZ SCHIAVA

ANCIENT CHRISTIANITY PRESS

HUMILDAD

La Belleza De La Santidad

HUMILDAD
La Belleza De La Santidad

ANDREW MURRAY

Título Original

HUMILITY
The Beauty of Holiness

Traducido al español, prólogo y anotaciones
Dra. Beatriz Schiava M.D., M.T.S., M.A.

Florissant, Missouri, USA
Noviembre 19, 2024

ANCIENT CHRISTIANITY PRESS

Título: Humildad: La Belleza de la Santidad
Autor: Reverendo Andrew Murray
Obra editada, traducida y anotada al español:
Dra. Beatriz Schiava MD., MTS., MA.
Libro publicado en tapa rústica por: Ancient Christianity Press
Una división de Ancient Christianity & Amittai Press. L.L.C
St. Louis MO. U.S.A.

Humildad-Cristianismo. Devocional-Santo Espíritu. Teología—Religión. Virtudes-Espiritualidad. Biblia—

Jesucristo. Crecimiento–espiritual. Cristianismo–
Evangelio. Meditación–cristiana.

Library of Congress Control Number: 2015943613

E-Book ISBN: 978-0-9965673-5-0
Paperback Book ISBN: 0-978-0-692-46647-6
PCN:9780692466476

Primera edición: junio 11, 2015.
Revisión: agosto 29, 2016
Revisión: diciembre 16, 2022.
Segunda Edición: octubre 9, 2024.
Florissant, MO. U.S.A
Imprimido en los Estados Unidos de Norteamérica
10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

¡Señor Jesús!
¡Que nuestra Santidad sea perfecta humildad!
¡Quieras tú, Señor, que tu perfecta humildad
sea nuestra santidad

ÍNDICE GENERAL

ÍNDICE GENERAL

PRÓLOGO

El Reverendo Andrew Murray nació en mayo de 1828 en Graaff Reinet, Sudáfrica en el seno de una familia cristiana. Su padre, fue un ministro de la Iglesia reformada holandesa. El Reverendo Murray decidió seguir los pasos de su padre y estudiar teología en la Universidad de Utrecht, en los Países Bajos, Holanda, donde nació de nuevo a los veintiún años, y se dedicaría de corazón a Jesús. En una carta escrita a sus padres, les narra cómo había nacido de nuevo en Cristo, y como se había entregado a Cristo.

El Rev. Murray fue un infatigable y prolífico autor de más de 200 libros cristianos que se siguen leyendo alrededor del mundo, y cuya popularidad han pasado la prueba del tiempo. Fue también el Reverendo Murray fundador de varias instituciones educativas y se distinguió por su trabajo social y humanitario. El Reverendo Andrew Murray murió el dieciocho de enero de 1917, a los ochenta y ocho años.

Entre los libros más leídos que el Rev. Murray escribió, esta su libro, “Humildad: La Belleza de la Santidad,” debido a su gran espiritualidad cristiana, belleza, y su detallado estudio de la humildad para encontrarnos con Dios.

En verdad, es esta obra, una joya de la literatura cristiana, que pone de relieve a la humildad, como la

madre de todas las virtudes, indispensable para el gozo de la vida cristiana y para nuestra relación con Dios. El Reverendo Murray escribió que la "humildad es el lugar de completa dependencia en Dios, y es por la misma naturaleza de las cosas, el primer deber, la más grande virtud de la creatura, y es la raíz de todas las virtudes." [1]

Ciertamente, sin la virtud de la humildad, la vida cristiana no puede florecer. La virtud de la humildad es el punto de encuentro con Dios, que por su gracia transforma y viste a la creatura de la humildad del Dios trino y uno. El Reverendo Murray nos lleva a descubrir en la disciplina de la humildad, la perfecta y gozosa transformación del hombre a imagen y semejanza de Dios. El único deber del ser humano es buscar ser humilde en todo y dar gloria a Dios, y lo demás, se le deja a Dios, que él cuando lo considere oportuno, exaltará a la creatura. El Reverendo Murray escribió este libro no como un tratado exegético, o una Cristología que va más allá de nuestro alcance.

Por el contrario, el Reverendo Murray escribió el libro, "Humildad: La Belleza de la Santidad," como una guía práctica para el lector, para encontrarse con Dios en la humildad, y vencer con la ayuda de Dios, al orgullo, el enemigo de nuestra amistad con Dios. De esta manera, el Rev. Murray nos enseña e ilustra, la virtud de la humildad con la vida y ministerio de Jesucristo. Jesús es el humilde siervo, que bajó del cielo para nacer en un humilde pesebre, que mostró en todos sus actos y en su ministerio, el servicio humilde y fiel, primero a Dios y después a los seres humanos.

La humildad de Jesucristo exalta al Padre, en palabra, obediencia y santidad.[2]Es la humildad del siervo fiel, que ama al Padre y al género humano, la que vence el miedo a la tortura, al dolor físico, al dolor espiritual y a la muerte. Jesús, el hijo de Dios, muere en la humillación más absoluta, con la vergüenza de la desnudez, como un criminal infame y enemigo de su pueblo, paupérrimo, quien siendo inocente es acusado falsamente. Sin embargo, ¡Cuan obediente es Jesucristo! Aún en tan penosas circunstancias, Jesús contesta con sosiego, con mansedumbre y serenidad, siempre es el humilde Cordero de Dios, siempre obediente, y sujeto al Padre.

Por obediencia al Padre y amor a la humanidad, Jesús vence en sí mismo aun el instinto más básico del ser humano, el instinto de supervivencia, para darse en completa obediencia a Dios Padre como el cordero de Dios, la victima perfecta, sin pecado, que sacrifica su vida por su amor incondicional por la humanidad. Jesús dijo, “Éste es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos, (Juan 15:12-13). Después de la humillación, de la muerte en la cruz, después de la amarga prueba, Dios Padre resucita al Hijo, lo glorifica, lo exalta. Jesús es eternamente, Rey de reyes y Señor de señores, sentado a la diestra del Padre, cuyo reino no tiene fin.

La humildad, es para el Reverendo Murray, la verdadera gloria del ser humano. Por ella se obtiene la gracia de verse a sí mismo tal cual es, de descubrir los tentáculos del orgullo, que, sin la humildad, hacen presa de la creatura y lo degradan. La medicina, y antídoto

contra el orgullo, viejo veneno del alma es la imitación de la humildad de Cristo, quien es la humildad encarnada. Es por esto, que en el libro "Humildad: La Belleza de la Santidad," el tema constante es la humildad de Cristo.[3] El Reverendo Murray nos muestra también la vida de los apóstoles de Jesús, en especial del apóstol Pablo quienes imitaron y enseñaron la humildad de Cristo:[4] "No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. Haya, pues, en vosotros, este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra;" (Filipenses 2:4-10).[5]

Nos enseña el Reverendo Murray que la humildad en el diario vivir se manifiesta en el amor al prójimo: "La humildad ante Dios es nada, sino se prueba primero ante el hombre." [6] "Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?" (1 Juan 4:20).

Sin humildad, Dios no puede morar en la creatura, ni se puede crecer en santidad. La humildad se revela en la creatura, en la forma de vivir, pensar y actuar. La creatura se vacía de su orgullo, y todo aquello que le estorba en su amistad con Dios, para llenarse de la

presencia de Dios.[7] El Rev. Murray enfatiza en esta obra, que es solo por la gracia de Dios que somos salvos. Fue la Gracia de Dios la que nos dio la convicción de que somos pecadores, y es Dios quien nos salva a través del sacrificio de su hijo Jesús en la cruz. Por lo tanto, el cristiano agradece a Dios en todo y así en humildad, sabiendo que no puede vencer al pecado sin Dios, se ocupa ya no en pecar sino en Dios, en quien se encuentra su liberación y su gozo.[8]

La humildad en la vida cristiana es imprescindible, porque sin humildad, no puede el cristiano comunicarse con Dios. La fe misma requiere subyugar el orgullo, para depender totalmente de Dios. Es por esta razón que el Rev. Murray dice que la "humildad, es la disposición que prepara al alma para vivir confiando en Dios."[9] Es la humildad aunada a la oración y a la fe quienes nos ayudan a crecer en santidad. ¿Y qué es la santidad? Es la muerte del ego, del orgullo que es la raíz del pecado en la creatura, para que la gracia de Dios nos llene de la humildad de Dios, la raíz de todas las virtudes y del amor al prójimo.[10] La verdadera felicidad es la humildad [11] porque el poder de Dios se hace manifiesto en la debilidad, y su gracia nos libera del orgullo que causa el pecado y el sufrimiento en el mundo: "Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte," (2 Corintios 12: 9-10).

La creatura cuando es humilde se vacía de su ego, para ser transformada a imagen y semejanza del Hijo de Dios. La recompensa de la humildad es la santidad que es reflejada en el amor a Dios y al prójimo, en la íntima relación del alma con el amado que muestra al mundo al Jesús vivo, que mora en la creatura y que ama a toda la humanidad:

"Más cuando fueres convidado, ve y siéntate en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba; entonces tendrás gloria delante de los que se sientan contigo a la mesa. Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido. Dijo también al que le había convidado: Cuando hagas comida o cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos; no sea que ellos a su vez te vuelvan a convidar, y seas recompensado. Más cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos; y serás bienaventurado; porque ellos no te pueden recompensar, pero te será recompensado en la resurrección de los justos," (Lucas 14:10-14).

El Reverendo Murray nos dice que la exaltación consiste en "la más alta gloria de la creatura en ser solamente un recipiente, que se goza de recibir a Dios y mostrar su gloria."[12] Para el Reverendo Murray la exaltación es vivir en comunión con Dios, es llenarse de Dios y de la posesión de la humildad de Jesús. Vivir en humildad es obediencia completa a Dios, es darse por completo a la voluntad de Dios. El humilde se da cuenta de su debilidad ante el orgullo, y persevera con paciencia y dulce abnegación en el querer que Dios lo transforme a su imagen y semejanza. La adquisición de la humildad

es por la gracia de Dios, y se da a través del trabajo conjunto del alma y de Dios, que, como una rosa en botón, deja que el hortelano divino le pode las espinas y le rocié con aguas vivas, hasta que el alma genuinamente se abre a la realidad de Dios. Entonces el alma, la rosa en botón, se abre en todo su esplendor, y ya sin las espinas que lastiman, el hortelano divino la toma en sus manos, y se recrea en su belleza y la tersura de la rosa.

Así, el alma ha crecido, se ha limpiado con aguas vivas y ha adquirido conciencia de su pequeñez y de su imperfección ante la perfección y majestuosidad de Dios. Adquirir la humildad lleva toda la vida, y no se llega al punto en que podamos sentir que hemos alcanzado verdadera humildad hasta que el ama se encuentra con el amado, y Dios invita a la creatura a las bodas del Cordero de Dios:

"Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos. Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios," (Apocalipsis 19:6-9).

El Rev. Murray pone en mayúsculas las palabra Él para reverenciar a Dios y darle Gloria. Así mismo,

otras palabras que hacen referencia a Dios Padre, a Jesucristo, al Espíritu Santo son escritas con mayúsculas. No se trata de errores ortográficos. Se trata en esta traducción, de hacer una versión lo más cercana a la original y preservar el estilo literario del autor.

Dra. Beatriz Schiava MD, MTS, MA.
Segunda edición: octubre 9, 2024.
Florissant, Missouri, Estados Unidos de América.

PREFACIO

Hay tres motivos muy grandes que nos apremian a ser humildes. La humildad es necesaria para la creatura, el pecador y el santo. La humildad en la creatura la vemos en las huestes celestiales, en el hombre antes de la caída, en Jesús, el hijo del hombre. En nuestra naturaleza caída, pecadora, la humildad es el único camino a través del cual podemos volver al verdadero lugar que nos corresponde como creaturas. En la humildad del Santo tenemos el misterio de la gracia, el cual nos enseña que, al perdernos en la grandeza del amor redentor, la humildad se vuelve en nosotros bendiciones y adoración eterna. En estas meditaciones, por más de una razón, he dirigido mi atención casi exclusivamente a la humildad, de la cual, tenemos una gran necesidad como creaturas.

No es solo que la conexión entre humildad y pecado se ha enseñado con demasiada abundancia, sino porque yo creo que para la plenitud de nuestra vida cristiana es indispensable que se le dé importancia a la humildad para vencer al pecado y para vivir una vida santa. Si Jesús es en verdad nuestro ejemplo a seguir en su gran humildad, nosotros necesitamos entender los principios en los cuales la humildad está arraigada, y en los cuales encontramos puntos de confluencia con el Señor para ser transformados a su imagen, si en verdad hemos de ser humildes, no solo ante Dios, sino también ante la humanidad. Si la humildad es nuestra alegría, debemos ver no solo la vergüenza de la marca del pecado, sino que apartados del pecado, hemos sido

revestidos con la verdadera belleza y bienaventuranza del cielo y de Jesús. Debemos ver que como Jesús encontró su gloria tomando la forma de siervo,[13] así que cuando Jesús nos dijo: “Y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro siervo,” [14, 15] Jesús simplemente nos enseñó, la bendita verdad, de que no hay nada mejor o más divino y en verdad celestial, como ser el siervo y ayudante de todos. El siervo fiel quien toma su verdadero lugar encuentra innegable placer en complacer los deseos del Maestro y sus invitados.

Cuando nosotros tomamos en cuenta que la humildad es algo infinitamente más profundo aún que el arrepentimiento, y aceptamos que la humildad es nuestra participación en la vida de Jesús, entonces empezaremos a aprender que la humildad es nuestra verdadera nobleza, y que esta se prueba al ser el siervo de todos, como la mayor plenitud de nuestro destino, como seres humanos creados a la imagen de Dios. Cuando miro al pasado, en mi propia experiencia religiosa, o miro en derredor de la Iglesia de Cristo en el mundo, me quedo admirado cuando pienso que poco buscamos a la humildad, a pesar de que es la figura distintiva del discipulado de Jesús.

Desgraciadamente, no necesitamos prueba alguna de que a la humildad no se le estima como a una virtud singular, cuando no se le encuentra en la predicación y en el vivir, en el trato diario en el hogar y la vida social, en nuestra asociación con la comunidad cristiana, en la dirección y en el llevar a cabo el trabajo de Cristo. La humildad es la raíz de donde las gracias florecen, la condición indispensable para tener una verdadera

comunión con Jesús. Cabe entonces la posibilidad para el hombre, de decir a todos aquellos que buscan una gran santidad, que la profesión no viene acompañada con un aumento de humildad, sino que es un llamado a gritos a todos los cristianos que en verdad se precien de serlo. Sin embargo, mucho o poco de verdad que haya en la imputación, la mansedumbre y la humildad del corazón son la principal marca por la cual, ellos, los que siguen al manso y humilde Cordero de Dios deben ser conocidos.

CAPÍTULO 1

HUMILDAD
LA GLORIA DE LA CREATURA

"Los veinticuatro ancianos se postran delante del que está sentado en el trono, y adoran al que vive por siempre y para siempre, poniendo sus coronas ante el trono, y diciendo: Digno eres tú, Señor y Dios nuestro, Santo, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque tú has creado todas las cosas y por ti existen, y por tu voluntad han llegado a ser y fueron creadas."

—Apocalipsis 4:10-11—

Cuando Dios nuestro Señor creó el universo, lo hizo con el objeto de *hacer participar a la creatura* de su perfección y todas sus bendiciones, mostrando en él la gloria de su amor, sabiduría y poder. El deseo de Dios era revelarse así mismo en, y a través de los seres creados, para comunicarles de su propia bondad y de su gloria, tanto como ellos fuesen capaces de recibir de Dios. Pero esta comunicación no le fue dada a la creatura como algo que ella pudiera poseer en sí misma, una cierta vida o bondad, que la creatura por sí misma pudiera poseer o disponer. De ninguna manera, sino que Dios, y su Hijo Cristo Jesús, quien vive eternamente, presente eternamente, que eternamente actúa; el Dios único, que sustenta todas las cosas con el poder de su palabra,[16] y en quien todas las cosas existen[17] sustenta

su relación con la creatura, quien depende de Dios de manera absoluta, constante y— universal.

Tan verdadera es esta dependencia como es el poder creador de Dios, tan verdadera, que por su mismo poder Dios mantiene esta relación constantemente. La creatura no solamente tiene que voltear a ver el origen y el principio de la existencia, sino reconocer que es desde ahí que le debe todo a Dios. El cuidado que Dios le da con predilección, su más alta virtud, su única felicidad, ahora y por toda la eternidad, es presentarse a sí mismo como un recipiente vacío, en el cual Dios pueda morar y manifestar su poder y su bondad. La vida que Dios nos da, no nos la ha impartido de una vez por todas, sino en cada momento, continuamente, por la constante operación de su gran poder. La humildad es el lugar de entera dependencia de Dios. Por esto, la humildad, desde lo más profundo de la naturaleza de las cosas es el primer deber y la más grande virtud de la creatura, y es la raíz de toda virtud.

También el orgullo, o la pérdida de la humildad, es la raíz de todo pecado y maldad. No es sino cuando los ángeles caídos se empezaron a ver a sí mismos con autocomplacencia, que entonces, ellos desobedecieron, y fueron arrojados de la luz del cielo a la obscuridad exterior. Aun cuando la serpiente respiró el veneno de su orgullo, fue el deseo de ser como Dios en los corazones de los primeros padres, lo que hizo que ellos también cayeran del elevado estado en que se encontraban en el cielo, al estado de gran miseria espiritual en el cual el ser humano está sumergido. Tanto en el cielo, así como es en la tierra, el orgullo y la autoexaltación, es la puerta al infierno, el verdadero

nacimiento en él, y es la maldición de este, (Ver Nota A del autor).[18]

De ahí que, como consecuencia, nada puede ser nuestra redención, sino la restauración de la humildad perdida, de la relación original y verdadera de la creatura con Dios. Y por eso, Jesucristo vino a traer a la humildad de regreso a la tierra, para hacernos partícipes de ella. En el cielo, Jesús se humilló a sí mismo para hacerse hombre. La humildad que vemos en Él ya la poseía en el cielo; la humildad lo trajo a la tierra; Jesús trajo la humildad del cielo. Aquí en la tierra Jesús *se humilló a sí mismo, siendo obediente hasta la muerte*;[19] la humildad de Jesús le dio a su muerte en la cruz su valor, y también se convirtió en nuestra redención. Empero, ahora la salvación que Jesús imparte no es nada menos ni nada más que la comunicación de su propia vida y de su muerte, su propia disposición, su espíritu, y su propia humildad, como la base y la raíz de su relación con Dios y de su trabajo redentor. Jesús tomo el lugar de nosotros y completó el destino del hombre, como una creatura, por medio de su vida de perfecta humildad. La vida de los que son salvos, de los santos, debe tener en sí misma este sello de la liberación del pecado, y de la completa restauración de la creatura a su estado original; los santos deben tener en su relación con Dios y con el hombre, el sello impregnado de humildad. Sin la virtud de la humildad, no hay verdadera permanencia en la presencia de Dios, ni se puede obtener su favor, ni el poder de su espíritu; sin la humildad, no puede haber fe, amor, gozo, o fuerza alguna que sean duraderas. La humildad es la única tierra en la cual las gracias pueden

tener raíz; la falta de humildad explica suficientemente todo defecto y falla.

La humildad no es una gracia o cualquier virtud, sino la raíz de todo, porque la humildad por sí misma nos da la actitud correcta ante Dios y le permite a Dios hacerlo todo. Dios nuestro Señor nos creó como seres con razón, por lo que mientras más verdadera sea nuestra percepción de la verdadera naturaleza de la humildad o de la absoluta necesidad de su autoridad, lo más dispuestos estaremos a obedecer a Dios y más completa será nuestra obediencia a Él. Al llamado de Dios a la humildad se le ha dado muy poca importancia en la iglesia, porque se comprende muy poco la verdadera naturaleza de la humildad y cuál es su importancia.

La humildad no la traemos a Dios, y no es algo que Él confiera; *es simplemente un estado de total vacío, el cual viene cuando vemos como verdaderamente Dios lo es todo, dejando el camino libre para que Dios nos llene por completo*. La creatura al darse cuenta de que esta es la verdadera nobleza consiente con su voluntad, con su mente, y con sus afectos a ser moldeada, a ser el vaso en el cual la vida y la gloria de Dios trabajan y se manifiestan a sí mismas. La creatura se da cuenta que la humildad es simplemente el reconocer su verdadera posición como creatura y el darle a Dios nuestro Señor su lugar.

En las vidas de aquellos cristianos verdaderamente comprometidos, de aquellos quienes buscan y profesan la santidad, la humildad debe de ser el sello principal de su rectitud. Sin embargo, frecuentemente se ha dicho

que esto no es así. ¿Acaso, pudiera ser la razón que en la enseñanza y en el ejemplo de la iglesia, la humildad nunca ha tenido el lugar de importancia suprema que le pertenece? ¿Y que no es verdad que esto, debe decirse una vez más, se debe a la gran negligencia de esta verdad, que al ser tan fuerte el pecado, nos debiera motivar a ser humildes? Hay un motivo aún más grande, que debe ejercer una poderosa influencia para ser humildes, que es aquello que hace a los ángeles de Dios, aquello que hace de Jesús, aquello que hace a los más santos de entre los santos, el ser tan humilde; ¿No es a acaso la humildad sino el primer y principal sello de la relación de la creatura con Dios, el secreto de su bienaventuranza, de hacerse nada, para dejar a Dios libre de ser todo en la creatura?

Yo estoy seguro de que hay muchos que confesarían que su experiencia como cristianos ha sido como la mía, en cuanto a que conocemos al Señor de mucho tiempo, y no nos hemos dado cuenta de que la mansedumbre y la humildad de corazón son las características distintivas del discípulo, así como lo fueron del Maestro Jesús. Y por lo consiguiente, que esta humildad no es una cosa que vendrá por sí misma, sino que se le debe hacer objeto de deseo especial, de oración, de fe, y de práctica. Cuando estudiemos la palabra de Dios, veremos con que distinción y con qué frecuencia se repiten las instrucciones que Jesucristo da a sus discípulos sobre este asunto de la humildad, y cuan lentos fueron en entender a Jesús.

Tenemos que admitir, desde el principio de nuestras meditaciones, que no hay nada más natural al ser humano, nada más insidioso, y nada más escondido

a nuestra vista, o nada más complejo y peligroso, que el orgullo.

Debemos tener una gran determinación y perseverancia, esperando en Dios y en Jesús, lo que nos permitirá descubrir como carecemos de la gracia de la humildad, y que impotentes somos de obtener lo que buscamos. Estudiemos el carácter de Jesucristo hasta que nuestras almas se llenen con gran amor y admiración de su humildad. Creamos que cuando estemos derrumbados bajo la sensación de nuestro orgullo, y nuestra impotencia para arrojarlo de nosotros, Jesús mismo vendrá a impartirnos su gracia también, como una parte de la vida maravillosa de Jesús dentro de nosotros.